

William Craig. *La Batalla por Stalingrado. Enemigo a las puertas*, Ed. Noguer y Caralt, col. Cultura histórica, 1973, (3ª edición, octubre 2000), Barcelona, 412 pág.

Una vez más dirijo mi atención hacia el drama de Stalingrado, que me fascina, conmueve y exaspera con la misma intensidad que en anteriores ocasiones, de nuevo, más por la transparencia de los relatos personales de los supervivientes, mediante los cuales el horror de aquella tragedia humana se hace nítido y adquiere la tonalidad de la trascendencia, con la que alumbraba el significado de todo el siglo XX, que no por la brillantez expositiva del autor, a quien hay que felicitar, sin embargo, por el enorme esfuerzo sintético –la exposición que hace de los hechos es de una cronología casi diaria-, con el que pretende dar la imagen de totalidad, sin perder de vista el relato personalizado, tanto de los principales responsables como de los pequeños actores, de aquellos hechos. Pese a todo, quedan en el relato sin explicar algunos hechos, lagunas de relativa importancia para el conjunto de la obra, en la medida en que no afectan al desenlace final del desastre, pero que quedan sin

resolución, tras haber ocupado un lugar preferente en el desarrollo previo de la narración. Ejemplo de ello, lo tenemos en la suerte final de algunos protagonistas, que es silenciada, misteriosamente –pese al epígrafe final, donde con una breve referencia, da cuenta de los caminos emprendidos por los diversos personajes que desfilan por el libro, después de la Segunda Guerra Mundial, o tras el fin de su cautiverio. Tampoco aparecen demasiadas menciones a las subsiguientes estrategias desarrolladas, sobre todo por el bando soviético, tras el exitoso envolvimiento del VI Ejército de Paulus, o a las actuaciones de sus Jefes y Generales, ampliamente difundidas cuando el relato se centraba en el asedio alemán a la ciudad y en las penalidades soportadas durante el mismo por el 62 Ejército ruso, a las órdenes de Chuikov; así, se omiten referencias cruciales sobre actuaciones de Yermenko, Rokossovski, Zhukov o incluso las opiniones y reacciones de Stalin ante el curso de las acciones. Por el contrario, el relato es mucho más pormenorizado, en cuanto a opiniones y repercusiones se refiere, en el bando alemán. Todo ello hace pensar que, en primer lugar, el autor no ha tenido acceso a toda la información que hubiera deseado –no hay que olvidar que el libro fue escrito en 1973 y que su autor es norteamericano; en segundo lugar, que ha preferido enfocar los hechos en el prisma de Stalingrado, su intento de toma por parte del VI Ejército, con los movimientos tácticos que condujeron al mismo a las puertas de la ciudad, la operación Urano que comportó el cerco de dicho Ejército, los desesperados intentos de abastecimiento y salvación del mismo por parte de Manstein y el colapso y hecatombe final del “Kessel”. Todo el resto de acontecimientos –causas y consecuencias del hundimiento de los ejércitos Rumano e Italiano, operación Saturno, movimientos de Manstein

para salvar el Grupo de Ejércitos del Cáucaso, etc.- sólo son tratados tangencialmente, en la medida en que podían afectar o influir en la suerte del VI Ejército. En tercer lugar, el desarrollo cronológico de los hechos no ayuda en la exposición dramatizada de la batalla, ya que otorga un distanciamiento que aleja de la mirada del lector aspectos tan fundamentales como la degradación progresiva del Ejército cercado, la aparición de enfermedades diversas, el efecto de las privaciones en la moral de los hombres, los horribles padecimientos de los heridos, el temor creciente que embarga en diversas fases de la batalla a los contendientes. En este sentido, la reciente obra de Anthony Beevor sobre el tema acierta al enfocar la batalla analizando cada uno de estos aspectos por separado y empleando el orden cronológico únicamente como telón de fondo, sutil hilo conductor que no vertebra sino que une los hechos sin ocultar o desdibujar el dramatismo que contuvieron. Un análisis objetivo y distanciado de la historia debe recurrir a un esquema trascendental, como es la temporalidad, mediante el cual conferir unidad y coherencia al conocimiento de los hechos. Sin embargo, el hecho histórico que nos ocupa traspasa por su dimensión y relevancia los límites de la temporalidad y aspira a pervivir en la memoria colectiva eternamente, en la medida en que representa una tragedia humana social, sólo equiparable en su magnitud y repercusión al holocausto. Todos estos factores han sido más claramente captados por Beevor que por el autor que nos ocupa.

Pese a todo, el recurso a la narración cronológica confiere a esta obra algunas ventajas que conviene referir, como el acertado seguimiento de la suerte posterior de los cautivos –tanto alemanes como italianos-

tras la victoria rusa, con sus penalidades, maltratos e increíble mortandad, así como el retorno de los supervivientes a sus patrias y las reclamaciones oficiales del Gobierno alemán para favorecer y promover dicho retorno. También es justo valorar el retrato más ecuánime y equilibrado que hace Craig de Manstein, respecto al mismo retrato que efectúa en su obra Beevor, pues nos acerca a las dimensiones descomunales de la tarea que le ha sido encomendada, alejando al personaje de la megalomanía con que nos lo representa el segundo. La polémica entre Paulus y Manstein, justamente entendida, a nuestro parecer –idéntico al del autor-, radicó en la dificultad de las comunicaciones entre ambos Cuarteles Generales y en la falta de una entrevista personal entre ambos oficiales, en la que ambos habrían podido calibrar la peligrosidad de las acciones y omisiones que efectuaron. En todo caso, ambos estuvieron sometidos, en última instancia a las directrices de Hitler, y no pudieron actuar con la libertad que hubieran deseado. Tal vez por ello, la afirmación que Manstein hace en sus memorias, indicando que Paulus podía haber escapado del “Kessel” en diciembre del 42, enlazando con sus fuerzas de socorro, sea más un amargo comentario contra la fatalidad del mando ejercido por el fanatismo nazi, que contra la dubitativa actitud del Jefe del VI Ejército. En todo caso ambos fueron víctimas de la fatal arrogancia e ineptitud de su líder. Si algo hay que reprocharles es, en este sentido, la ligereza y el acriticismo con el que acataron –ellos y todos los oficiales de la Wehrmacht- las órdenes de Hitler, aprestándose a cumplirlas, sin reflexionar sobre los devastadores efectos que podían provocar. Pero éste recelo crítico se encuentra presente con mucha más viveza en la obra de Beevor. Junto a la

genialidad de los movimientos combinativos de Manstein, con los que salvó al Ejército alemán de un desastre de dimensiones mucho mayores, y a la entereza y determinación con que Paulus acató las órdenes, manteniendo a sus tropas en disposición de combate durante casi dos meses de cerco, pese a la escasez de suministros y las extremadas condiciones de subsistencia –entereza que, pese a todo, acabaría perdiendo en los días finales para caer en una apatía desconcertante, tal vez superado por la magnitud de la tragedia, o por haberse sentido defraudado en su confianza hacia las promesas de ayuda remitidas por el Alto Mando-, otro oficial alemán destaca en el relato de Craig: el ambiguo general Schmidt, Jefe del Estado Mayor del VI Ejército. Odiado por el resto de oficiales con responsabilidad de mando por ejercer una excesiva influencia sobre Paulus, el retrato que el autor hace del mismo –y que Beevor suscribe en su libro, sin alejarse ni una coma- es el de un rigorista metódico y exigente, capaz de sobreponerse a cualquier situación, diligente hasta en el desastre, tenaz e inquebrantable, pero sin el suficiente espíritu como para contradecir una orden u oponerse a los designios del Mando superior. Sólo gracias a él el VI Ejército continuó combatiendo hasta el 31 de enero de 1943, pese a la extenuación y completa derrota física y moral de sus hombres. Dicha obstinación es tan digna de encomio como reprochable resulta su incapacidad para prever el colapso final que padecería su Ejército, y no actuar con anterioridad en consecuencia, pese a que ello comportase contravenir las órdenes recibidas. No cabe duda de que una salida a tiempo del “Kessel” hubiera supuesto la salvación de un mínimo de 100.000 hombres, pese al sacrificio de los 150.000 restantes. Con su férrea

disciplina condenó a la muerte segura a la totalidad de sus hombres.

Volviendo a las razones que motivan la lectura de esta obra y que confieren la referida trascendencia al hecho histórico que nos ocupa, se debe destacar, en primer lugar, su carácter de tragedia humana social: los totalitarismos –fascismo y comunismo- por su absoluto desprecio del individuo frente al colectivo, entendido como comunidad total de destino, hacia la pervivencia de la cual conviene, si es preciso, justificar cualquier sacrificio personal, o como representación de la justicia e igualdad que aniquila todas las diferencias e iniciativas privadas por contrarrevolucionarias, arrastraron a las manipuladas y, en algunos casos, fanatizadas masas hacia una confrontación sin parangón alguno en la historia de la humanidad. Es cierto que guerras, y batallas singulares en dichas guerras, las ha habido desde los albores de la humanidad, pero nunca antes hubo –ni después ha habido- una campaña que implicase a tantos combatientes –cerca de dos millones de hombres- de diferentes nacionalidades –alemanes, italianos, rumanos, húngaros, croatas, austríacos, rusos y miembros de todas las repúblicas de la URSS, etc.-, en la que el tanto por ciento de bajas civiles fuese tan elevado, en la que el índice de destrucción del terreno, en relación con la potencia de fuego fuese tan grande, en la que el ensañamiento y obstinación en el combate fuese tan trágico, en la que las condiciones de lucha llegasen a tales extremos de dureza. Por todo ello la batalla de Stalingrado representa la mayor tragedia social de la historia de la humanidad; es la representación de todos los ideales absurdos a los que la humanidad debe

renunciar: la superioridad física, intelectual o moral de unos sobre otros, la arrogancia y el desprecio hacia el semejante, el automatismo y la carencia de espíritu crítico, la violencia como símbolo del ejercicio del poder, la técnica al servicio de la barbarie... Todos estos principios engendraron la más lóbrega de las oscuridades, representada, paradójicamente, en los negros sótanos, cuevas, alcantarillas o agujeros en los que tuvieron lugar buena parte de los combates conducidos por aterrizados soldados. Si hasta la Edad Moderna, es decir, la Ilustración, la historia de la humanidad está plagada de dramas personales –representados con sabia lucidez por Platón, Shakespeare, Dante, etc.- a partir de la misma – cuando el hombre decide regirse por los ideales de la Razón- se inician los dramas sociales, que se caracterizan por basarse en el principio de la superioridad de un pueblo, comunidad, raza, nación, etc. en base al espíritu, la ciencia o la moral –todos ellos ideales superiores- por él desarrollados. Tales dramas han generado las mayores perversiones y matanzas jamás ocurridas: el Holocausto, la Bomba Atómica y Stalingrado.

Junto al carácter de drama social que confiere a la mencionada batalla la dimensión de momento crucial de la historia de la humanidad, cabe destacar dicha batalla como la última gran batalla de la “Guerra Moderna”. Lo que vendrá después, sobre todo en los posteriores conflictos –guerras coloniales, Guerra de Corea, Vietnam, etc- serán ya “Guerras Postmodernas”; la diferencia entre unas y otras está en el absurdo, el sin sentido que envuelve a todos estos conflictos ulteriores, a la luz de la terrible carnicería que fue la 2ª Guerra Mundial y en particular Stalingrado. Porque en esta lucha

sin cuartel estuvo presente en todos los bandos la determinación de combatir hasta el final por un ideal –equivocado, manipulado, ingenuo... - que lo absorbe y justifica todo y que conmueve por la brutalidad de sus consecuencias. Es lícito recordarnos la perniciosidad de semejantes ideales, aunque no se encuentre entre los objetivos del relato histórico y descarnado de unos hechos que se derivaron de aquella ceguera denunciarlos. Pero lo más trascendente de la obra radica en la percepción que el lector puede tener de la extraordinaria convicción de los contendientes –alemanes y rusos- que dieron su vida por lo que consideraron una causa justa. Embarga y emociona, todavía más, sabiendo, con la perspectiva histórica, la obscenidad y perversidad de dichos ideales. Por ello, lejos de haber constituido una lucha absurda y banal, adquiere dimensión y relevancia con el paso del tiempo, como un faro que guíe a la humanidad por los oscuros caminos del desencuentro, odio, incompreensión e ignorancia por los que se suele desplazar evitando, así, nuevos y absurdos conflictos. La dimensión de la tragedia es tal que, de igual forma que los dramas shakespearianos, en los que los celos, la venganza o el odio son ejemplarizados en sus consecuencias con la didáctica voluntad de evitarnos caer en su utilización, nos pone en guardia ante los grandes ideales colectivos y su perversión cuando movilizan hacia el exterminio a sus actores. De este modo, es como podemos decir que todo conflicto posterior es ya una “Guerra Postmoderna”: después de Stalingrado ninguna guerra tiene ya sentido –todas ellas son percibidas, al menos por los actores no ideologizados, como absurdas; de igual forma, después de Hiroshima ninguna arma de destrucción masiva tiene sentido –las armas se

desarrollaron tecnológicamente como mecanismos de defensa ante el temor de una agresión externa. Pero tal capacidad destructiva pone en peligro la integridad de quien quiera defenderse con ellas-; también, después del Holocausto cualquier ideología que se sustente sobre la diferencia exclusiva y excluyente carece de sentido –esta podría ser la causa del fracaso social de las utopías del socialismo marxista, como interpretación de la historia en términos de lucha y diferencia de clases, o la causa del rechazo que generan los nacionalismos en nuestro tiempo. Estos dramas sociales han marcado la historia de la humanidad en el siglo XX, y del más ejemplar de todos tenemos en esta obra que nos ocupa una gran descripción para conocerlo, vivirlo e interpretarlo.